



ESTATUA DE MÁRMOL, REPRESENTATIVA DE LA DIOSA CERES, DESCUBIERTA ENTRE LAS RUINAS DEL ESCENARIO DEL TEATRO ROMANO DE MÉRIDA

III

LAS EXCAVACIONES DE MÉRIDA

Fiel á mi propósito de dar cuenta á la Academia de los hallazgos importantes que vayan ocurriendo en las excavaciones de Mérida, debo añadir á lo anteriormente manifestado, que los trabajos se hallan hoy principalmente reconcentrados en las ruinas del escenario del teatro romano, cuya traza muestra, por cierto, gran semejanza con la del teatro de Tugga, en Argelia. Como en éste, aparecen en el de Mérida dispuestas las puertas del fondo de la escena: la central dentro de un semicírculo, y las de los lados dentro de recuadros entrantes. De ellas va descubierta en Mérida la del lado derecho, mas la lateral del mismo lado. Determina este trazado un basamento general de piedra granítica y ladrillo, con restos del revestimiento de mármol que le embelleció. Sobre dicho basamento se mantienen algunas basas de columnas y pilastras, y al pie, caídos sobre la escena, hemos descubierto numerosos trozos de columnas y aun fustes enteros de mármol gris, capiteles y trozos de cornisa, de mármol blanco, hermosamente tallados, cuya colección asombra por su riqueza y por el exquisito arte del conjunto decorativo que con el pensamiento reconstruye el contemplador.

Fácilmente se comprende que la columnata marmórea del fondo de la escena fué doble; mejor dicho, que hubo una gran columnata inferior y otra superior, de menores proporciones, como lo indican los dos tamaños constantes de fustes y capiteles, ambos de orden corintio; y que en los intercolumnios de una y otra hubo estatuas, de las que también se han encontrado fragmentos, los cuales acusan asimismo dos distintas proporciones.

Pero el hallazgo más importante de este género, y que motiva el presente Informe, consiste en una estatua femenil, sentada, esculpida en excelente mármol blanco; mide 2,10 m. de altura, y está compuesta de dos trozos, uno de la cabeza y torso hasta

las ingles, y otro el de las piernas. Faltan los antebrazos y el pie izquierdo, que eran piezas aparte y acaso parezcan entre la tierra, aún no removida.

Desde dos puntos de vista es interesante la estatua: por lo que representa y por su mérito artístico.

Esa grave matrona, vestida de túnica (*stola*), con mangas abrochadas sobre el antebrazo y sujeta por bajo del seno con un ceñidor, velada con manto (*palla*), en el que envuelve las piernas, con la cabellera partida sobre la frente en dos bandas de ondulantes rizos cuyos cabos caen á los lados del rostro y cuello, y adornada con la diadema *stéphanos*, es indudablemente una diosa. Así lo indican, con más elocuencia aún que el dicho atributo, el carácter ideal del noble rostro y la majestad de toda la figura. Esa diosa no puede ser otra, á mi juicio, que Ceres, la Deméter griega, representada de igual modo que ésta en la incomparable estatua de Cnido, que conserva el Museo Británico como personificación de la Tierra en los momentos de su dolor sublime al verse despojada de su hija Cora, que es el fruto, por Plutón, el dios de las tinieblas.

La Ceres emeritense, á la que los rigores del tiempo quitó los especiales atributos que debió ostentar en las manos, muestra en su rostro aquella suave melancolía, aquel dolor mudo que constituye la característica de la Demeter de Cnido, que hizo exclamar al profesor de Munich, Enrique Brunn: «Al fin encuentro la concepción puramente griega de la diosa Demeter, tal como pudo representarla la escultura.» Fiel á la misma concepción y á la misma tradición escultórica el artista que esculpió la Ceres emeritense, supo darle en la amplitud de sus formas, austeramente veladas, el carácter de la diosa madre, cuyo amor reflejó en el rostro, velado con el manto, en señal de duelo.

En cuanto al mérito artístico de la figura, bien se echa de ver que el escultor, acaso griego (1), trabajando en una corriente es-

(1) La Academia tiene ya noticia de un nombre griego, grabado en uno de los mármoles descubiertos hace poco en el teatro emeritense, por haberlo publicado el P. Fita y el autor de estas líneas en este mismo tomo

tética romana, á cuyas tendencias nuevas se muestra dócil, mantiene vivo el recuerdo de la buena época del arte, en cuya sana tradición hizo su sabio aprendizaje, siguiendo acertadamente el estilo de Scopas (del siglo IV antes de Jesucristo), cuya característica es el elemento patético. A esta corriente artística corresponde la Deméter de Cnido, de la que sin duda se acordó el autor de la Ceres emeritense al modelarla. Como aquella, vemos en ésta la boca entreabierta y con una cierta ondulación patética, los ojos con suave acento de ternura, en la sombra misteriosa que proyectan los arcos superciliares y la cabeza rodeada del manto y de los mechones del cabello. Adviértese también marcada semejanza del rostro de la Ceres con el de la Venus de Milo, la cual participa á su vez de la señalada tendencia de Scopas.

En ella se inspiró verosímilmente por medio de tales modelos el ignorado autor de la Ceres, el cual supo á su vez, en el modo de tratar el ropaje por masas ondulantes y vigorosas, acentuando los pliegues para producir vivos efectos de claroscuro, ajustarse á la tendencia romana, esencialmente pintoresca, y que acentuada en el estilo emeritense, constituye una característica local de sumo interés, á la que responden varias estatuas que son gala del Museo de Mérida y el trabajo de las cornisas y capiteles descubiertos en el mismo teatro romano. De suerte que la estatua de que me ocupo es un ejemplar notabilísimo del arte que propiamente debemos llamar hispano-romano.

Tuvo además en cuenta el autor que hacía una obra decorativa que había de ser contemplada como parte de un conjunto al fondo del escenario del teatro emeritense y al aire libre, y por eso acentuó con brío plegados y detalles en los que había de quebrarse y producir vivos efectos de luz el sol meridional.

Hay otro punto importante que tratar: la fecha que debe asignarse á la estatua. Comparándola con algunas, indudables de la

(pág. 195, núm. 11). Dicho nombre aparece así escrito: *Hyllu*. Pero conviene puntualizar que el mármol en cuestión es uno de los grandes capiteles corintios de la escena, y que, sin duda, el epígrafe trazado en la cara superior, en un ángulo, es la firma del artista que lo labró. No es maravilla que en monumento tan magnífico trabajaran escultores griegos.

época augustea, como la de Agripa, existentes en Mérida, se advierte en la de Ceres un trabajo más acentuado y una disposición menos sencilla de sus elementos, que revelan un período algo posterior, el cual no puede ser otro que el del imperio de Adriano, de quien sabemos por una inscripción (1) que en 135 de Jesucristo reconstruyó la escena del teatro emeritense, que había sido destruída por un incendio. Adriano representa en la Historia del Arte un renacimiento en sentido griego, lo que no desmiente este bello mármol, que data, por consiguiente, del siglo II.

Por el sitio en que parecieron, caídos y desarticulados, los trozos hasta hoy logrados de la estatua, al pie de dicho basamento del fondo de la escena, fácilmente se deduce que debió estar colocada en un intercolumnio, casi de seguro en el central de los tres que debió haber en el trozo derecho de aquél, á contar desde la puerta central hasta la siguiente del mismo lado.

Mide el basamento de altura unos dos metros, y también tuvo en cuenta el autor esta circunstancia para el punto de vista de la figura, pues de intento exageró en ella la distancia de las ingles al seno, para que estando como está sentada, al ser vista en alto, no pareciese rechoncha.

Queda un punto interesante que tratar, y es la razón que pudo haber de representar á Ceres entre las estatuas decorativas de la escena del teatro emeritense; y á este propósito conviene por una parte recordar la relación que con los orígenes del teatro tuvieron en Grecia los Misterios de Elensis, el famoso Centro de Culto de Δημήτηρ y Κόρη, cuyo mito servía de asunto al drama mímico en aquéllos representado; y por lo que á Mérida particularmente se refiere, además de la devoción que en un país agricultor se debió rendir á la diosa de la Tierra, la relación de Ceres con los cultos misteriosos, como fueron los del dios egipcio Sérapis y del persa Mithra, atestiguados por esculturas y epígrafes (2) que fueron recogidos en Mérida en un paraje inmediato al teatro romano.

(1) Hübner, *Corpus*, 478; y BOLETÍN, xxv, pág. 466.

(2) Marqués de Monsalud, BOLETÍN, XLIII, 242; XLV, 54 y 45.

Respecto de la estatua, resta por añadir que acaso la pertenezca un fragmento que pareció suelto, consistente en el extremo de un objeto que pudo ser el cuerno de la Abundancia, y asiéndole un dedo pulgar derecho.

Otros fragmentos de distintas estatuas — un torso varonil con manto y el pie de una Venus con el delfín, en que cabalga un Cupidillo, al lado—se han recogido en el mismo sitio del que aún debemos esperar nuevas riquezas arqueológicas.

Para evitar el posible deterioro de la estatua de Ceres, el que suscribe la ha hecho trasladar al Museo de Mérida, mientras llega ocasión, que lo será al término de las excavaciones, de reconstruir el teatro emeritense; y con objeto de dar á conocer tan bella obra de arte, ha hecho sacar de ella vaciados para la Exposición Arqueológica de Roma y para el Museo de Reproducciones Artísticas.

Madrid, 24 de Marzo de 1911.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.